

EL ESPÍRITU DEL ÁRBOL

El primer hogar, un árbol; el primer templo, la arboleda; la primera ciudad, un bosque.

El Árbol Cósmico, el Árbol de la Vida o del Conocimiento, el arcano ancestral que nos llega desde la profundidad de las edades, que tiene las raíces en el Cielo y sus frutos en la Tierra, tal vez sea *Abraxas*, el talismán del bien y el mal que hermana Naturaleza creadora y Ciudad humanizada. Demócrito de Abdera (460 a.e.c), el padre de la física moderna, que ya entonces hermanaba todas las especies con su "*Atomística*", decía que el árbol "es equiparable a un hombre puesto al revés, con la cabeza plantada en la tierra y los pies en el aire".

¿Por qué esta leyenda primordial está tan arraigada en la hermética de las viejas civilizaciones y porqué, incluso ahora, parece postularse como tan premonitoria? Probablemente el miedo a la muerte ante la inmensidad de las fuerzas telúricas del cosmos, hiciera que el hombre primitivo buscara socorro en un ser superior al que suponía capaz de identificar y abarcar su universo. Y quizás también hoy ante la crisis climática, la misma conciencia de supervivencia es la que nos mueve a combatir este terror con la experiencia vital de nuestro mejor adalid: el árbol.

En un hecho diferencial estriba el concluyente espíritu del árbol, en el espíritu de la colonia como sistema de vida. En biología, una colonia es un grupo de seres vivos organizados bajo formas cooperativas colectivas. Quizás el futuro para el ser humano y su hábitat resida, precisamente, en adaptarse a la existencia más como colonia que como individuo, motivado por la solidaridad de una inteligencia de enjambre. ¡Y resultará que para salvarnos de la destrucción que nosotros mismos provocamos en este mundo, de alguna forma deberemos transformarnos en laureadas arboledas, como hizo Dafne, la ninfa dríade, al ser asediada por los dioses oscuros!

Siguiendo estas analogías, el Árbol Cósmico en la ciudad también parece surgir desde el espacio etéreo de las ideas para reunir los bienes materiales en su suelo. Una manera de ver, una manera de ser *Metrópolis*, la Ciudad Madre.

-¡Somos de la misma sangre tú y yo!- (1). Darwin, en *El origen de las especies* (1.859), empleó este arquetipo en el concepto del contexto evolutivo, ¡incluso como base de una descendencia común! Junto a su hijo Francis, promulgó la revolucionaria tesis *The Power of Movement in Plants*, donde nos demuestran que "Las plantas son seres inteligentes". (2)

Aún hoy resulta sorprendente, y en cierta forma conmovedor por su vinculación con las cosmogonías del pasado, la conclusión del Premio Nobel de Física de 1965, Richard Feynman, quien, en "la incertidumbre del conocimiento", resuelve que la sustancia del árbol sale del aire: *La gente mira un árbol y cree que sale de la tierra, pero si preguntas de donde viene su sustancia... ¡los árboles surgen del aire!. La sustancia del árbol es el carbono, que proviene del aire; el carbono aleja al oxígeno y se combina con el agua que viene de la tierra que ha absorbido la lluvia... La vida tiene una fuerza misteriosa. El sol brilla, y es esa luz la que golpea el oxígeno, lo separa del*

carbono y lo lanza de vuelta al aire; y al dejar el carbono con el agua y demás, se conforma la sustancia del árbol.

¿Nada nuevo bajo el sol? En los amargos tiempos que corren, ¡qué concluyente la vieja cábala del árbol!, el ser vivo más grande y más antiguo que existe y que representa la totalidad; que es alimento, que es aire, energía; que es oráculo y migra generoso y libre con la cultura...

¿Cuál sería la *Areté* de los bosques en el paisaje?, ¿cuál su excelencia, ese lugar vivido y amable donde reconocerse? *“El árbol nace del alma del Mundo”*, dijo Pitágoras. Comprender que el árbol está en el origen. Está en nosotros, pues es como nosotros; está en ese espacio poético en que su sombra es germen de una madriguera, de una habitación; y más allá, en la techumbre de la casa, en su escalera; en la cama o la mesa, incluso en la palabra, la palabra transmitida en papel, o en un libro...; siempre el árbol como sustancia que ensambla la misma esencia inmemorial, como naturaleza y como vida.

La Era del Antropoceno, la nuestra, la de la mayor transformación del medio entorno por causas humanas, lo es tanto en sentido negativo como en sentido positivo. De ahí el desafío. De ahí nuestro manifiesto sobre la materia primera, no sólo para preservar las selvas, no sólo para restablecer los bosques, no sólo por el cuidado de los árboles y las plantas, sino como principio, como defensa, como regeneración, como presente y como futuro, símbolo de la auténtica libertad en la épica humana:

“¡plantemos, plantemos, plantemos!” (3)

En un sentido mito-poético, el Universo es Árbol.

Alfred Fernández de la Reguera March

Arquitecto

NOTAS

(1).- Ruyard Kipling. *El Libro de la Selva*

(2).- Congreso anual Asociación Británica para avance de la Ciencia (1.908)

(3).- Nicolau M^a Rubió i Tudurí: *“plantem, plantem, plantem...”*

Setiembre 2021